

El puente de San Luis Rey

Título original: *The Bridge of San Luis Rey*

Traducción de Ricardo Baeza Villena

5

PRIMERA PARTE

Acaso un azar

10 El viernes 20 de julio de 1714, a la hora del mediodía, el más hermoso puente de
todo el Perú hubo de quebrarse, precipitando al abismo a cinco transeúntes. Este
puente se hallaba en el camino real de Lima a Cuzco y centenares de personas
pasaban por él a diario. De fábrica incaica, hecho de juncos entretejidos, contaba más
15 como una de las curiosidades del lugar. En realidad, era una simple escala de manos
tendida sobre el barranco y compuesta de delgados travesaños de madera, con
barandilla de sarmientos; pero, aunque los caballos, carruajes y literas tenían que
bajar por otro camino unos cuantos centenares de pies, para cruzar luego en zataras el
angosto torrente, ningún viajero, del Virrey y aun del mismo Arzobispo de Lima
20 para abajo, habría consentido en descender con sus bagajes antes que cruzar a pie el
famoso puente de San Luis Rey. El propio San Luis de Francia en persona lo
protegía, con su nombre y con la mísera iglesuca de adobes que se alzaba a una de
sus orillas. Por otra parte, hay que reconocer que el tal puente parecía figurar entre
las cosas llamadas a perdurar eternamente, y a nadie se le habría ocurrido pensar en
25 la posibilidad de una rotura.

Así, en el mismo instante en que tuvieron noticia del accidente, no hubo peruano
que no se persignase y calculara *in mente* la última vez que pasó por él y la próxima
en que pensara cruzarlo de nuevo. La gente vagaba por las calles como en un estado
de sonambulismo, musitando entre dientes, y sufrían de alucinaciones, durante las
30 cuales se imaginaban a sí propios lanzados al abismo.

Celebráronse oficios solemnes en la catedral. Los cuerpos de las víctimas fueron
más o menos recogidos, y más o menos separados uno de otro, y hubo casi un
examen general de conciencia en la hermosa ciudad de Lima. Azafatas infieles
devolvieron brazaletes que robaran a sus señoras, y más de un usurero tuvo que
35 arengar coléricamente a su esposa en apología de la usura.

No deja de ser extraño, sin embargo, que el suceso impresionara en tal forma a
los limeños, pues las catástrofes de este género, que los juristas designan con el
nombre un tanto sorprendente de *actos de Dios*¹, son más que frecuentes y usuales en
el país. Olas gigantescas arrasaban de continuo las ciudades costeras; apenas había
40 semana que no hubiese algún terremoto, y sin cesar se estaban desplomando las
torres y campanarios lo mismo sobre los justos que sobre los injustos. Por otra parte,
las dolencias y plagas diezaban sin tregua las provincias, y los achaques de la
senectud acababan con algunos ciudadanos de los más cabales. ¿No es, pues, para
asombrar que la rotura del puente de San Luis Rey hubiese podido conmover de
45 aquella suerte a los peruanos?

Pero si todos se habían sentido impresionados, solamente a una persona se le
ocurrió hacer algo al respecto, y éste fue Fray Junípero. Por una serie de

¹ "Acts of God", expresión por la cual se designa habitualmente en inglés un hecho que no puede ser evitado por la previsión humana, siendo el resultado de fuerzas naturales que no domina el hombre; tales, por ejemplo: los efectos del rayo, la tempestad, etc. Esto es: accidentes imprevisibles e ineluctables.

coincidencias, tan extraordinarias que casi hacen sospechar la intervención de algún Designio, este franciscano menudo y taheño de la Italia septentrional se encontraba a la sazón en el Perú catequizando a los indios y fue testigo presencial del accidente.

5 Era un mediodía singularmente caliginoso aquel fatal mediodía, y Fray Junípero no tuvo más remedio que detener sus pasos monte arriba, para enjugarse la frente y contemplar la antipara de nevados picachos en la lejanía, de donde su mirada vino a recaer en el hondo desfiladero que se abría a sus pies, sombreado por la oscura plumajería de sus verdes árboles y sus pájaros verdes, y cruzado por su escala de mimbres. El corazón de Fray Junípero desbordaba de serena alegría. Su campaña
10 evangelizadora marchaba viento en popa. Ya había conseguido restablecer el culto en algunas capillas abandonadas, y los indios acudían a la misa del alba y gemían dulcemente en la espera y el ansia del milagro como si sus corazones fueran a romperse. Bien fuese obra del aire puro de las nieves eternas, bien del recuerdo fugaz de los laudes del *poverello*, que le hacían levantar los ojos hacia las montañas
15 hermanas, el caso es que Fray Junípero se sentía en paz consigo mismo. Y su mirada, recorriendo el contorno, se posaba en aquel instante sobre el puente, cuando, de pronto, un chasquido vibrante como el de la cuerda de un instrumento músico que salta en una estancia deshabitada, llenó el aire, y Fray Junípero pudo ver cómo el puente se dividía en dos pedazos y cinco hormigas manoteantes eran precipitadas al
20 abismo.

Cualquier otro habríase dicho, con un secreto regocijo: «¡Diez minutos más, y yo también...!» Pero el pensamiento que acosó a Fray Junípero fue otro: «¿Por qué habrá ocurrido esto a *estas* cinco personas?» Pues, si es cierto que el universo obedece a un plan determinado y la vida humana se halla sujeta a una norma, no cabe duda de que
25 ambos podrían discernirse, misteriosamente latentes, en estas vidas tan de súbito extinguidas. O bien vivimos y morimos por un azar, a bien morimos y vivimos con arreglo a un plan. Y en aquel mismo instante decidió Fray Junípero investigar la vida oculta de aquellas cinco personas que hacía unos segundos perecieron tan inopinadamente, a fin de sorprender en ellas la razón de su fenecimiento.

30 Antojábasele a Fray Junípero que ya iba siendo hora de que la teología ocupase su lugar entre las ciencias exactas, y hace tiempo que tal venía siendo su propósito. Lo único que hasta entonces le había faltado para ello era el laboratorio. Desde luego, no eran ocasiones lo que había escaseado; una porción de sus feligreses había conocido ya diferentes desastres: las arañas venenosas les habían picado, sus
35 pulmones se habían dañado, sus casas ardido, y tales calamidades habían sobrevenido a sus hijos, que mejor era no pensar en ellas. Pero ninguno de estos casos de aflicción humana había reunido aún todos los requisitos que exigía un examen científico. Había faltado siempre lo que nuestros sabios llamarían más tarde *el control adecuado*. O bien el accidente había dependido de un error humano
40 inicial —*verbi gratia*—, o bien había contenido elementos de probabilidad. En cambio, esta rotura del puente de San Luis Rey era una obra o acto evidente de Dios. Ofrecía, pues, un laboratorio perfecto. En él iban, al fin, a poder descubrirse Sus designios en un estado de genuina purera.

45 Ustedes, como yo, advertimos sobradamente que este plan, en cualquier otra persona que no fuese Fray Junípero, habría sido la flor de un cabal escepticismo, muy semejante al esfuerzo de aquellas almas presuntuosas que, pretendiendo caminar sobre los pavimentos del cielo, trataron de alcanzarlo edificando la Torre de Babel. Mas para nuestro buen franciscano no entraba el menor elemento de duda en el

experimento. Fray Junípero sabía de antemano la respuesta. Lo único que deseaba era hacerle evidente, histórica y matemáticamente, a sus conversos, pobres almas obtusas que se resistían a comprender que sus males y sufrimientos sólo por su propio bien les habían sido impuestos. Los hombres se obstinaban en reclamar de continuo pruebas concluyentes, y la duda es un manantial inagotable en el corazón humano, aun en aquellos países donde la Inquisición puede leer en los ojos lo más recóndito del pensamiento.

No era esta la primera vez que Fray Junípero trataba de poner en práctica tales métodos. Con frecuencia, en los largos viajes a que le obligaba su misión (continuamente de parroquia en parroquia, asobarcado el hábito hasta las rodillas, para caminar más de prisa), se había dado a soñar en experimentos que justificasen e hiciesen palpables al hombre las vías del Señor; tal, por ejemplo: el repertorio y registro completo de las Oraciones impetrando la lluvia, con sus correspondientes resultados. ¡Cuántas veces se había visto en pie sobre las gradas de una capilla, con su grey arrodillada ante él, en la plazuela calcinada por el sol! ¡Y cuántas había tendido sus brazos hacia el cielo y declamado el espléndido ritual! Más de una vez había sentido entrar en él la virtud, y sus ojos mortales habían visto condensarse en el horizonte la nubécula anunciadora. En cambio, otras muchas veces se habían pasado semanas y semanas... Pero, ¿a qué pensar en ello? No era a él a quien tenía que convencer de que lluvia y sequía se encontraban sabiamente repartidas sobre la tierra.

Así fue como hubo Fray Junípero de tomar aquella resolución en el momento de la catástrofe. Ella le tuvo atrafagado durante seis años, llamando a todas las puertas de Lima, haciendo millares de preguntas, llenando de notas cientos de cuadernos, en su esfuerzo por demostrar que cada una de aquellas cinco vidas constituían un todo perfecto. Todo el mundo sabía que trabajaba en una especie de conmemoración del accidente, y nadie que no estuviera dispuesto a ayudarlo y extraviarlo con sus informaciones. Unos pocos, hasta conocían el objeto cardinal de su actividad, y no hubieron de faltarle los protectores influyentes y poderosos.

El resultado de todas estas diligencias fue un enorme mamotreto, que, como veremos más adelante, hubo de ser quemado públicamente, una hermosa mañana de mayo, en la Plaza Mayor. Pero quedó una copia clandestina que, al cabo de una porción de años, vino a parar calladamente a la biblioteca de la Universidad de San Martín, donde yace, entre dos grandes tapas de madera, recogiendo polvo en uno de los plúteos.

En este libro se trata, una por una, de todas las víctimas del accidente, catalogando miles de menudos hechos, anécdotas y testimonios, para concluir con un solemne pasaje en el que se explica por qué Dios hubo de elegir aquellas personas y aquel día para demostración de Su sabiduría.

No obstante, pese a toda su diligencia y a tan minuciosa pesquisa, Fray Junípero no supo nunca ni una sola palabra de la pasión cardinal que rigió la vida de doña María, y por modo parejo hubo de ignorar la de Esteban y la del Tío Pío. Pero, yo mismo, que pretendo saber mucho más que él, ¿no sería posible que hubiese fallado igualmente el resorte central?

Hay quien dice que, por mucho que nos esforcemos, jamás sabremos nada de lo que tanto nos importa saber, y que el hombre es para los dioses lo mismo que la mosca que mata el niño un día de verano; pero hay también quien dice que ni una sola pluma pierde el gorrión que no haya hecho caer el dedo del Señor.

SEGUNDA PARTE

La Marquesa de Montemayor; Pepita

5 No hay, hoy día, niño de la escuela en España que no sepa más, en el fondo, de la
marquesa Doña María de Montemayor que cuanto hubo de descubrir Fray Junípero
en varios años de investigación. Al siglo escaso de su muerte, hanse convertido sus
10 cartas en uno de los monumentos de la literatura española, y hace ya tiempo que su
vida y su época han sido objeto de los más minuciosos estudios. Pero sus biógrafos
han errado en un sentido tanto como lo hiciera en otro el franciscano: tratando de
adornarla con todas las perfecciones y de encontrar en su vida y persona la mismas
bellezas que abundan en sus cartas, no han comprendido que para llegar a conocer la
verdadera personalidad de esta mujer maravillosa hace falta, precisamente, el
humillarla, despojándola de todas las bellezas, con excepción de una sola.

15 Doña María era hija única de un pañero, que, gracias a sus artes mercantiles,
había acabado por ganar los dineros y el odio de los limeños, a una pedrada de
distancia de la Plaza Mayor. Su infancia había sido desgraciada; era fea y tartajeaba;
y, por si esto fuera poco, su misma madre, en un esfuerzo desesperado para suscitar
20 en ella algunos atractivos mundanales, la perseguía con incesantes sarcasmos y la
obligaba a discurrir por la ciudad revestida de un verdadero arnés de joyas. En vista
de ello, vivió sola, y pensó a solas. Como era de esperar, no faltaron los pretendientes
a su mano; pero, mientras pudo, luchó esforzadamente contra los convencionalismos
de su época, decidida a permanecer soltera. La consecuencia natural fue una
sucesión constante de terribles escenas con su madre, en las que alternaban las
25 recriminaciones, los chillidos y los portazos. Y que, por último, a los veintiséis años,
se viese apareada en legítimo connubio a un noble impertinente y arruinado, y objeto
de la zumba más o menos disimulada de los invitados que llenaban la catedral de
Lima aquella mañana. Nuevamente, vivió y pensó a solas, en un aislamiento que sólo
vino a interrumpir una deliciosa niña que dio a luz, y sobre la que hubo de concentrar
30 en seguida una pasión rayana en la idolatría. Desgraciadamente, Clara salió a su
padre: fría e intelectual. A la edad de ocho años, ya corregía burlonamente el hablar
materno, considerando a Doña María con asombro y repulsión. La madre,
amedrentada, se tornó sumisa y servil; pero, por más que hizo, no pudo menos de
perseguir constantemente a Doña Clara con un exceso de obsequiosidad y un amor
35 fatigoso a fuerza de ternura. Una vez más, hubo en la casa escenas terribles, gritos y
portazos. Así, no es de extrañar que, de todos los partidos que hubieron de
presentársele, Doña Clara eligiese precisamente aquel que suponía su traslado a
España. Y a España se fue, al país donde las cartas tardaban en llegar seis meses. La
despedida antes de tamaño viaje había llegado a ser en Perú uno de los oficios
40 eclesiásticos más solemnes. El barco era bendecido, y al ponerse en marcha, lo
mismo los de a bordo que los de tierra, hincábanse de rodillas y cantaban un himno,
que, en aquel vasto espacio al aire libre, siempre sonaba débil y fluctuante. Doña
Clara se comportó con especial mesura y dominio de sí misma en este trance de la
separación, a diferencia de su madre, que, los ojos clavados en el hermoso bajel, tan
45 pronto se llevaba las manos al corazón como a la boca. Por otra parte, su visión del
hermoso navío, resbalando sobre las aguas tranquilas del Pacífico, bajo las grandes
nubes de un oriente perlino, no tardó en empañarse...

Abandonada y sola en Lima, la vida de la marquesa hízose cada vez más interior.
Gradualmente, fue desinteresándose del cuidado de su persona y, como todos los
50 solitarios, comenzó a hablarse en voz alta. Toda su existencia yacía condensada en el

centro candente de su espíritu. Sobre este escenario tenían lugar interminables coloquios con su hija, reconciliaciones imposibles, escenas de remordimiento y de perdón incesantemente reiterados. En la calle, era una simple vieja, con la roja peluca torcida sobre una oreja, la mejilla izquierda encendida por una afección herpética, la derecha embadurnada de colorete. Su barbilla jamás se hallaba seca del todo; sus labios no estaban inmóviles un instante. Lima era una ciudad de excéntricos, pero aun en ella fue Doña María un objeto de mofa, cuando pasaba en coche por sus calles o subía renqueando las gradas de la iglesia. Se aseguraba que estaba siempre bebida, y no era esto, con ser malo, lo peor que de ella se decía, menudeando las peticiones para su reclusión legal. Tres veces había sido denunciada a la Inquisición, y es muy posible que hubiesen acabado por quemarla, de haber sido su yerno persona menos influyente en España y no haberse agenciado ella unos cuantos amigos en la corte del virrey, que la toleraban indulgentemente por su extravagancia y su mucha lectura. Las precarias relaciones entre madre e hija no tardaron, además, en verse agudizadas por cuestión de orden pecuniario. La condesa recibía una lucida pensión de su madre, aparte de los frecuentes obsequios y regalos, merced a lo cual pronto fue Doña Clara la dama más saliente —y con más fama de ingenio— de la corte española. Pero todas las riquezas del Perú no habrían bastado a mantenerla en el fastuoso tren de vida que llegara a juzgar indispensable a sus merecimientos. Y lo curioso es que esta prodigalidad provenía justamente de uno de los mejores componentes de su naturaleza, a saber: el interés que ponía en sus amigos y servidores, y en todos los hombres y mujeres de algún valer que había en la capital, hasta el punto de considerarlos poco menos que como hijos suyos. (Realmente sólo una persona diríase que había en este mundo respecto a la cual no se sintiese animada de tan generosos sentimientos.) Entre sus protegidos figuraba el cartógrafo De Blasis (cuyos *Mapas del Nuevo Mundo* aparecieron dedicados a la marquesa de Montemayor, entre las carcajadas de la corte limeña, que hubo de leer cómo Doña María era *el pasmo de su ciudad y un sol levante en Occidente*). Otro favorito era el sabio Azuarius, cuyo tratado sobre las leyes de la hidráulica tuvo que ser prohibido por la Inquisición como demasiado impresionante. Durante una década puede decirse que la condesa sostuvo las artes y ciencias en España; y seguramente que no fue culpa suya que nada digno de memoria se produjese en todo aquel tiempo.

Cuatro años, más o menos, después de la marcha de Doña Clara, recibió Doña María un permiso para visitar Europa. Por ambas partes se hizo de antemano, en esta ocasión, el más firme propósito: la una de tener paciencia, la otra de no ser importuna. Una y otra se atormentaron mutuamente a saciedad, y ambas estuvieron a punto de perder el juicio en las continuas alternativas de reproche y de arrepentimiento, tan arrebatado el uno como el otro. Por último, un día levantóse Doña María al amanecer, sin atreverse más que a besar la puerta tras la cual dormía su hija, y tomando el barco regresó a América. De allí en adelante, las cartas hubieron de ocupar el lugar de todo aquel amor que no podía ser vivido.

Suyas fueron las cartas que en este asombroso mundo que es el nuestro habían de convertirse, andando el tiempo, en el libro de lectura de las escuelas y la presa de eruditos y gramáticos. A decir verdad, Doña María habría inventado su genio, de no haber nacido ya con él; tan indispensable le era el atraer la atención, y quien sabe si la admiración de su hija lejana. Con este objeto, se obligó a frecuentar la sociedad, a fin de poder registrar sus menudencias ridículas; avezó sus ojos a observar; leyó las obras maestras del idioma, para captar sus efectos; se insinuó en el trato de aquellos que gozaban fama de conversadores. Noche tras noche, en su barroco palacio de Lima, escribió y reescribió las páginas maravillosas, exprimiendo de su espíritu

desesperado aquellos milagros de ingenio y de gracia, aquellas crónicas quintaesenciadas de la corte vicerreal. Hoy sabemos que su hija apenas si les echaba una ojeada, y que es al yerno a quien debemos su conservación.

5 La marquesa se habría asombrado, de bonísima fe, si le hubiesen dicho que sus
cartas estaban llamadas a la inmortalidad. A pesar de lo cual, más de un crítico la ha
acusado de escribir para la posteridad, llegando hasta señalar diversas cartas que
tienen todo el aspecto y toda la brillantez de un ejercicio retórico. Sin duda, se les
antoja imposible que Doña María se tomase, para deslumbrar a su hija, el mismo
trabajo que se toman la mayoría de los artistas para deslumbrar al público. Como su
10 yerno, no han acabado de comprenderla; pues si es cierto que el conde se deleitaba
con la lectura de sus cartas, no lo es menos que, cuando había paladeado el estilo
admirable y el finísimo ingenio, se imaginaba haber extraído ya de ellas toda su
riqueza, desconociendo así (como la mayoría de los lectores) el verdadero fin y
máxima facultad de la literatura, que es la notación del corazón. El estilo no es, al fin
15 y al cabo, sino el envase punto menos que desdeñable en que se ofrece al mundo el
amargo licor. La marquesa, hasta se habría sorprendido de saber que aquellas cartas
suyas tenían un valor cualquiera; pues, tales artistas viven siempre en el noble
ambiente de su propio espíritu, y estas producciones que a nosotros nos parecen tan
excepcionales apenas son para ellos más que la rutina de un día.

20 Tal era esta extravagante dama limeña, que se pasaba las horas sentada junto al
balcón, con el rostro apergaminado y amarillento en la sombra purpúrea que
proyectaba su estrambótico sombrero. ¡Cuántas veces, al pasar las páginas ya escritas
con sus manos flácidas y ensortijadas, se había preguntado, casi jovialmente, si
aquella constante pesadumbre que sentía en su corazón tendría una sede orgánica! Y
25 se preguntaba si algún cirujano sutilísimo, incidiendo aquel trono de sus sentimientos
tan asendereado y maltrecho, sería capaz de descubrir en él alguna misteriosa señal; y
ya se lo imaginaba levantando el rostro hacia sus discípulos, agrupados en su torno, y
aleccionándolos: «Esta mujer ha sufrido, y sus sufrimientos han dejado su huella en
la estructura de su corazón».

30 Esta idea había acudido tan a menudo a su espíritu, que un día acabó por hablar
de ella en una de sus cartas; carta que le valió el ser concienzudamente reprendida
por su hija, que le acusó de un exceso de ensimismamiento y de hacer un culto al
dolor.

La convicción de que su amor no sería jamás correspondido obró sobre sus ideas
35 como obra la marea contra los acantilados. Lo primero que cedió en ella fueron sus
creencias religiosas, pues todo lo que ella habría podido pedir a un dios, o a la
inmortalidad, habría sido el don de un lugar en que las hijas amasen a sus madres; los
demás atributos del cielo eran de menor cuantía. Inmediatamente después, perdió su
confianza en la sinceridad de los que la rodeaban. En su fuero interno se negó a
40 admitir que nadie (con excepción de ella) fuera capaz de querer a nadie. Todas las
familias vivían en una perniciosa atmósfera de hábito y se besaban unos y otros con
mal disimulada indiferencia. Advirtió que los hombres se movían en este mundo
protegidos por una armadura de egoísmo, ebrios de sí mismos, sedientos de
cumplidos, oyendo apenas lo que les decían los demás, impávidos ante los accidentes
45 acaecidos a sus mejores amigos, poseídos por el temor constante a todas aquellas
exigencias capaces de interrumpir su incesante comunicación con sus propios deseos.
Tales eran los hijos de Adán, desde el Catay hasta el Perú. Y cada vez que, junto a su
balcón, tomaban sus pensamientos este rumbo, sus labios se crispaban de vergüenza,
pues de sobra se daba cuenta de que tampoco ella estaba exenta de pecado, y de que,
50 pese al amor por su hija, lo bastante vasto para comprender todos los matices del

amor, éste iba acompañado de una cierta sombra de tiranía; y, si amaba a su hija, ¿quién le aseguraba que era a causa de su hija y no de sí misma? Verdad es que ella deseaba liberarse de este vínculo innoble; pero la pasión era aún demasiado impetuosa para poder conseguirlo. Así, junto a este verde balcón, una extraña lucha conmovía a la decrepita dama, una pugna singularmente fútil contra una tentación a la que de seguro no habría de presentársele jamás la ocasión de sucumbir. ¿Cómo, realmente, habría ella podido gobernar a su hija, viendo como veía ésta las cuatro mil millas que las separaban? No obstante, Doña María batallaba con el espectro de su tentación y no había una sola vez que no quedara vencida. Ella quería a su hija para ella sola; y ansiaba, por encima de todo en el mundo, oír la decir: «Tú eres la mejor de las madres»; ansiaba oír la murmurar a su oído: «¡Perdóname!»

Dos años, poco más o menos, después de su regreso de España, tuvieron lugar en su existencia algunos hechos, insignificantes en sí mismos, pero sumamente significativos en relación con la vida interior de la marquesa. Su correspondencia sólo contiene una vaga alusión a ellos, pero como ésta se encuentra precisamente en la Carta XXII, que nos suministra estos indicios de positivo interés, sin duda no será ocioso transcribir aunque no sea sino la primera parte de la epístola, apostillándola con un breve comentario:

«¿Es que acaso ya no hay médicos en España? ¿Dónde están aquellos excelentes flamencos que con tanto acierto solían remediaros? ¡Ay, tesoro mío, que no sé en verdad qué castigo sería el adecuado por dejar que vuestro romadizo se prolongue de esa suerte! ¡A vos os lo suplico, Don Vicente: ved que nuestra niña atienda a razones! ¡Ángeles del cielo, a vosotros lo imploro: haced que nuestra niña sea juiciosa! Y ahora que estáis mejor, os lo ruego: de ahora en adelante, apenas sintáis los primeros signos precursores de un resfriado, haced vahos, y a la cama en seguida, bien arropada. Aquí en el Perú, a la distancia que nos separa, nada puedo hacer por vos, y cuanto me esfuerce será inútil; pero, os lo suplico, bien mío, no seáis obstinada ni caprichosa. ¡Y que el Señor os bendiga y tenga en su guarda! Hoy mismo, en un paquetito adjunto, os enviaré la goma de un árbol que las hermanitas de Santo Tomás van vendiendo de casa en casa. Si sirve o no gran cosa, es lo que ya no podré deciros; pero, cuando menos, es seguro que no hará gran daño. Según me cuentan, las buenas hermanitas fumigan con ella el convento de tal guisa, que ni el incienso logra luego hacer perceptible su olor durante la misa. Pero repito que no sabría deciros si, realmente, es de alguna eficacia; probadlo, en todo caso, y no os olvidéis darme nuevas del resultado.

»En cuanto a la cadena de oro para Su Católica Majestad, estad tranquila, mi alma, que por este correo tengo el honor de enviarle la más hermosa cadena que me fue dado encontrar. (Su hija le había escrito: «La cadena llegó en buen estado, y pude lucirla en el bautizo del infante. Su Católica Majestad tuvo la bondad de admirarla, y cuando le dije que vos me la habíais enviado, encargóme que os felicitara de su parte por vuestro gusto. No dejéis, pues, de mandarle una lo más parecida posible, y enviadla sin demora, por conducto del chambelán».) Pero convendrá no sepa nunca que, para obtenerla, me he visto obligada a asaltar nada menos que un cuadro. ¿Recordáis, en la sacristía de San Martín, aquel retrato, obra del pincel de Velázquez, en que aparece el Virrey que fundara el Monasterio, acompañado de su mujer y un infantilillo? ¿Y recordáis que la mujer lleva al cuello una cadena de oro? Pues bien, esa cadena, hermosa por demás, es la que decidí convenía al caso. Así, una noche, al caer de las doce, me deslicé sigilosamente en la sacristía, trepé a la cajonera como

una rapaza de doce años y entré en el cuadro. Por un momento, pareció como si el lienzo tratara de oponerse, pero el mismo pintor vino en mi ayuda, haciéndome pasar a través del pigmento. Yo le dije que la más hermosa dama de España deseaba ofrendar la más hermosa cadena de oro que pudiera encontrarse al más grande monarca del mundo. Simplemente —ya veis si la cosa fue sencilla—; y allí nos estuvimos hablando los cuatro, en medio de esa atmósfera gris y plata que es la de un Velázquez. Pero ahora se me ha ocurrido pensar en una luz más dorada, y me paso el día mirando hacia Palacio. ¡Tengo que pasarme la velada en un Tiziano! La cuestión es si el Virrey querrá permitírmelo.

10 »Pero Su Excelencia tiene de nuevo la gota. Y digo de «nuevo» porque los aduladores de la corte se empeñan en que a veces se encuentra libre de ella. Con motivo de la festividad de San Marcos, intentó ir hoy a la Universidad, donde se celebraba el advenimiento al mundo de veintidós nuevos doctores. Pero aun no le habían transportado más que de su diván al coche, cuando empezó a gritar, negándose a dar un paso más. No hubo más remedio que llevarle otra vez a su yacija, desde donde, encendiendo un buen cigarro, mandó llamar en seguida a la Perrichola. Y he aquí que mientras nosotros escuchábamos una serie interminable de discursos, más o menos en latín, Su Excelencia oía nuestras últimas historietas escandalosas, más o menos en castellano, contadas por los labios más rojos y malignos de toda la ciudad». (Doña María no pudo resistir la tentación de este pasaje, aunque precisamente acababa de leer en la última carta de su hija: «¿Cuántas veces os tendré que advertir que seáis más prudente y comedida en vuestras cartas? Más de una vez me ha parecido descubrir en ellas ciertas señales de haber sido abiertas. Y seguramente que nada podría prestarse más a una interpretación torcida que algunas de vuestras observaciones sobre ciertas personalidades de ahí. Sin contar que ni siquiera tienen gracia, aunque Vicente os felicite por ellas en su P. S., pudiendo en cambio acarreamos algún serio disgusto aquí en España. A decir verdad, me asombra que vuestras indiscreciones no hayan motivado ya hace tiempo una orden mandándoos retirar a vuestra finca del campo».)

30 »Los ejercicios estuvieron concurridísimos, y dos mujeres se cayeron desde la galería, aunque el Señor, en Su divina misericordia, hizo que fueran a caer sobre Doña Mercedes. Las tres quedaron bastante maltrechas, pero seguramente que de aquí a un año ni aun se acuerdan del sucedido. Cuando ocurrió el accidente, estaba justamente hablando el Director, que, como sabéis, es muy corto de vista, y no sabiendo a qué atribuir los gritos y el tumulto que hubo de producirse, empezó a deshacerse en reverencias al público, creyendo que eran aplausos y muestras de entusiasmo, cosa que nos hizo reír grandemente a todos.

40 »A propósito de la Perrichola, y ya que hablamos de aplausos, sabréis que Pepita y yo decidimos ir esta noche al teatro. El público todavía idolatra a su Perrichola; perdonándole hasta el exceso de años. Bien es verdad que, según dicen, ella hace lo que puede por conservarse, bañándose el rostro todas las mañanas, alternativamente, en un agua helada y otra casi hirviente». (Esta puntada a las gracias declinantes de la Perrichola era un halago implícito a la mocedad de la condesa, pero distaba mucho de la verdad. La gran actriz bordeaba por aquel entonces sus veintiocho primaveras, y sus mejillas tenían, y tendrían seguramente muchos años, la ternura y el pulido del mármol moreno. Y bueno será el declarar que, aparte de los cosméticos que requería su profesión, el único tratamiento facial que se permitía Camila Perrichola era el agua fresca dos veces por día, como una campesina cualquiera en el abrevadero de las caballerías.)

»Ese singular personaje que llaman el Tío Pío está de continuo con ella, sin que Don Rubio, que todo lo averigua, haya podido desentrañar aún si es su padre, su amante o su hijo. Sea lo que sea, lo cierto es que la Perrichola ha estado maravillosa en la función que acabamos de ver; y ya podéis tildarme cuanto queráis de papanatas provinciana, que os aseguro no tenéis en España una actriz que le llegue a la suela de su chapín.» Etcétera, etcétera.

Esta representación teatral a que alude Doña María, hubo de traer bastante cola, como veremos luego. Pero en un principio, si la marquesa decidió ir al teatro, donde la Perrichola interpretaba a la sazón la Doña Leonor de la comedia de Moreto *Trampa adelante*, probablemente fue con la sola esperanza de que ello le diera pie para alguna donosa divagación en la carta de su hija.

No siendo decoroso el presentarse completamente sola en el teatro, Doña María se hizo acompañar de Pepita, una especie de azafata de confianza que sacara hacía años del orfanato anejo al convento de Sarita María Rosa de las Rosas. Una vez instalada en su palco, como convenía a una dama de su alcurnia, toda la atención de la marquesa se concentró en el escenario, relumbrante de luces y candilejas. Entre acto y acto, era costumbre de la Perrichola —acaso para mostrar la versatilidad de sus talentos— salir al proscenio y cantar a telón corrido algunas canciones populares. Ahora bien, aquella noche la traviesa comedianta, a la que nada de cuanto ocurría en la sala se le escapaba, advirtió la presencia de la marquesa y, llevada de su malicia, empezó a improvisar coplas y más coplas sobre su aspecto estrambótico, su avaricia, su afición a empinar el codo y hasta sobre el voluntario apartamiento de su hija. La atención del auditorio fue proyectada así, malignamente, sobre la anciana señora, y los comentarios despectivos no tardaron en sumarse a las risas burlonas, apenas disimuladas. Pero la marquesa, profundamente conmovida por los dos primeros actos de la comedia, casi ni advertía la presencia de la cantante y, con los ojos fijos en el vacío, dejaba vagar su pensamiento hacia España. Con esto, Camila Perrichola fue enardecándose y descarándose más, y pronto hubiera podido decirse que la atmósfera crepitaba con la hostilidad y el escarnio del público. Al fin, Pepita, no pudiendo resistir más tiempo, se atrevió a tirar de la manga a la marquesa, asegurándole que era la hora de retirarse. Al ponerse en pie, para salir, la sala entera estalló en un rugido de befa, mientras la Perrichola, atisbando al empresario en la última fila y sabiendo que el éxito de aquella noche iba a suponerle un aumento de sueldo, se desataba en una danza frenética. No obstante, la marquesa ni aun se dio cuenta de lo que ocurría, encantada como se hallaba de haber discurrecido durante la representación unas cuantas frases afortunadas, que (todo era posible) quizá traerían una sonrisa a los labios de su hija, y la harían murmurar: «Realmente, tengo una madre deliciosa...»

Sin tardanza, como era de esperar, llegó a oídos del Virrey el cuento de lo sucedido, con gran indignación de Su Excelencia, que mal podía tolerar la burla hecha en el teatro a una dama de la nobleza. En consecuencia, la Perrichola fue llamada a Palacio, donde se le ordenó que fuera inmediatamente a presentar sus excusas a la marquesa. La visita, además, debía efectuarse en traje negro y con los pies desnudos; y aunque Camila, sin darse por vencida, hubo de luchar y argüir bravamente, todo lo que consiguió fueron los zapatos.

El Virrey tenía tres razones para no ceder. En primer lugar, la cantante se había permitido contra su corte más libertades de las tolerables. Don Andrés había fraguado, para consuelo de su extrañamiento, un ceremonial a tal punto complicado, que sólo una sociedad tan vacua y ociosa como la limeña era capaz de retener en las mientes. Orgullosa de su corte en miniatura, y celoso guardián de los privilegios y

distinciones de su nobleza, tenía que sentir la injuria inferida a la marquesa como un agravio a su propia persona.

5 En segundo lugar, el yerno de Doña María era un personaje cada vez más importante en España, con la posibilidad de perjudicar al Virrey y hasta de suplantarle si venía al caso. Evidentemente, el conde de Abuirre no debía ser ofendido ni aun en la persona de su madre política.

10 Por último, complacía grandemente al Virrey el poder humillar a la actriz, sospechando como sospechaba que le venía engañando con un matador —a menos que fuese con un actor—. Entre el halago de la corte y la inercia que consigo trae la gota, no acababa de determinar exactamente al culpable; pero, fuese quien fuese, lo cierto era que la cantante parecía comenzar a olvidar que Don Andrés era uno de los personajes más conspicuos de este mundo.

15 La marquesa, por su parte, no habiendo oído ni una sola palabra de las coplas injuriosas, no se hallaba en condiciones adecuadas para recibir la visita de la actriz; pero aún hay otras razones que hacían ésta menos deseable. Pues ha de saberse que, a raíz de la marcha de su hija, Doña María, en busca de algún sucedáneo eficaz, se había dado a la bebida. Aunque, por otra parte, todo el mundo en el Perú era aficionado a la *chicha*, y no era para avergonzarse a nadie el que un día de fiesta le encentrasen un tanto fuera de sus cabales.

20 Doña María había comenzado por advertir que sus soliloquios febriles solían mantenerla desvelada toda la noche. Un día, antes de acostarse, tomó por azar una copa grande de *chicha*, y el mal quedó hecho. El olvido era tan dulce, que actualmente tomaba, a hurtadillas, grandes cantidades; y aunque, en un principio, trataba de disimular sus efectos delante de Pepita, dando a entender que no se encontraba bien y echando la culpa a los achaques de la edad, no tardó en prescindir de todo disimulo y entregarse de lleno a su nueva pasión, aunque no sin cierto método.

30 Efectivamente, no saliendo el correo para España sino una vez al mes, Doña María observaba un régimen estricto durante la semana que precedía a su salida, cultivando asiduamente la ciudad esos días, con el solo objeto de acopiar material para su epístola. Por último, la víspera misma de hacerse a la mar el barco, escribía por la noche de un tirón la carta, que terminaba siempre a la hora del alba, dejando a Pepita el cuidado de confiarla a la posta. En seguida, casi al tiempo de salir el sol, encerrábase en su alcoba con unas cuantas botellas, y derivaba a través de las semanas siguientes sin el fardo de la conciencia. Desgraciadamente, siempre llegaba el día en que de nuevo se veía obligada a abandonar su estado de beatitud, para lanzarse de nuevo a la caza de material para la próxima epístola.

40 Así, la noche misma del escándalo en el teatro, fue cuando escribió la carta XXII, retirándose acto seguido al lecho en compañía de una botella. Durante todo el día siguiente, no cesó Pepita de circular por la estancia, atisbando anhelosamente la figura acostada. Al atardecer del segundo día, Pepita se instaló en la alcoba con su labor. La marquesa yacía contemplando el techo con los ojos muy dilatados y hablándose sin cesar a sí misma. Anochecía, cuando llamaron a Pepita a la puerta, para decirle que la Perrichola deseaba ver a su señora. Pepita recordó en seguida con todos sus detalles la escena del teatro, y mandó decir, en términos acerbos, que su señora se negaba a recibirla. El criado llevó pasivamente la respuesta hasta la puerta de la calle, pero no tardó en volver, con la noticia, y el estupor consiguiente, de que la Señora Perrichola venía provista de una carta de presentación del Virrey para la señora. Pepita se acercó, pues, al lecho, de puntillas, y habló en voz queda a la marquesa. Pepita la incorporó entonces, dulcemente, y Doña María hizo un esfuerzo

por fijar su atención en lo que le estaban diciendo. Por dos veces se dejó caer hacia atrás, negándose a aprehender el sentido, pero, al fin (como un general que reúne a través de la noche y la borrasca las fuerzas dispersas de su ejército), logró reunir la memoria, la atención y otras pocas facultades, y oprimiéndose dolorosamente la frente con las manos pidió un bol de nieve. Cuando se lo trajeron, aplicóse grandes puñados de ella a las mejillas y las sienes, todavía medio dormida; y, al levantarse, tuvo que permanecer un rato apoyada en el lecho, contemplando, sin verlos, sus chapines. Por último, irguió la cabeza con decisión, y pidió su capa forrada de piel y su mantilla. Una vez puestas, se dirigió con paso vacilante al más hermoso de sus salones, donde aguardaba la actriz.

Camila había proyectado tomar la cosa a la ligera, y aun mostrarse insolente, si la ocasión se presentaba, pero he aquí que, de pronto, y a manera casi de una revelación, se sintió dominada por el aire de dignidad de la anciana. La hija del mercero sabía conducirse a veces con toda la distinción de los Montemayor, y cuando estaba ebria adquiría la nobleza de Hécuba. Los ojos entornados, a duras penas mantenidos abiertos, le hicieron a Camila el efecto de una autoridad condescendiente y fatigada, y no es de extrañar que comenzase, con marcada timidez:

—Vengo, señora, a asegurarme de que Vuestra Merced no ha tomado a mala parte mis canciones la noche que Vuestra Merced me hizo el honor de venir al teatro...

—¿Tomar a mala parte? ¿A mala parte? —repitió la marquesa, sin comprender.

—Vuestra Merced habría podido interpretar equivocadamente mis palabras, juzgándolas irrespetuosas para Vuestra Merced...

—¿Para mí?

—Espero que Vuestra Merced no se habrá enojado con su humilde servidora. Vuestra Merced sabe de sobra que una mísera actriz, en mi situación, puede dejarse llevar más allá de su propósito... que es muy difícil... y que todo...

—Pero, ¿cómo podría haberme enojado, señora? Lo único que en este momento recuerdo es que representasteis magníficamente. Sois una gran artista. Deberíais ser dichosa, muy dichosa. Mi pañuelo, Pepita...

La marquesa pronunció estas palabras muy de prisa y con expresión un poco vaga, pero ellas bastaron para que la Perrichola quedase estupefacta. Un sentimiento de vergüenza se apoderó de ella. Sus mejillas se encendieron como la grana.

—Fueron las coplas en el entreacto —murmuró tras un esfuerzo—. Temía que Vuestra Merced...

—Sí, sí, ahora recuerdo. Nos fuimos antes de que terminase. ¿No fue así, Pepita? Pero, señora, tendréis la Bondad de disculpar el que me fuese antes de concluir vuestra maravillosa representación. Por cierto que no recuerdo la causa. ¿Pepita...? Alguna indisposición repentina sin duda.

Era imposible que a nadie que estuviese en el teatro hubiera escapado la intención de las coplas de marras. Así, Camila no tuvo más remedio que suponer una fantástica magnanimidad de la marquesa simulando el no haberse dado cuenta. A punto casi de llorar, todavía pudo decir:

—Ya que sois tan buena... quiero decir: ya que Vuestra Merced es tan buena que perdona mi travesura... Yo no sabía... no sabía que Vuestra Merced era tan buena. ¡Permítame Vuestra Merced que le bese la mano!

Doña María le tendió la mano, asombrada. Hacía tiempo que nadie le había hablado con tanta consideración. Sus vecinos, sus proveedores, sus criados —pues la misma Pepita vivía en el temor de ella—, su propia hija, nunca le habían hablado de

aquel modo. Ello le inspiró un cierto sentimiento, nuevo para ella, que podríamos calificar de un tanto lacrimoso, y que tuvo la virtud de tornarla repentinamente locuaz:

5 —¿Enojada yo, dijisteis? ¿Enojada yo, mi hermosa niña? Pero... ¿Quién soy yo, una pobre vieja, chiflada y abandonada, para enojarme con vos, una artista tan extraordinaria? No, no, yo estuve todo aquel rato que pasé en el teatro como si hubiese estado, como dice el poeta, «sorprendiendo a través de las nubes la plática de los ángeles». Vuestra voz no cesaba de descubrirme nuevos prodigios en los versos de Moreto. Cuando dijisteis:

10 *Don Juan, si mi amor estimas,
Y la fe segura es necia,
Enojarte mis temores
Es no quererme discreta.
¿Tan seguros...?*

15 Etcétera. ¡Ah, qué verdad había en todo ello! ¡Y qué ademán el vuestro al final de la primera jornada, cuando hicisteis con la mano...! Un ademán como el que debió hacer la Virgen, cuando respondió a Gabriel: «¿Cómo es posible que yo vaya a engendrar un hijo?» Pero, si no os resintierais por ello, yo os enseñaría otro ademán, también sumamente expresivo, que acaso pudiera serviros algún día. Sí, estaría muy en sazón al final de aquella escena en que perdonáis a vuestro Don Juan de Lara. Y, a
20 en este propósito, os confesaré que se lo vi hacer un día a mi hija... Mi hija es extraordinariamente hermosa..., todo el mundo lo dice. ¿No... no conocéis a mi Doña Clara, señora?

25 —Su Merced me ha hecho el honor de ir varias veces al teatro. La condesa me era muy conocida de vista.

—Pero, ¡por amor de Dios, no continuéis así, de rodillas, hija mía! Pepita, di a Jenarito que traiga inmediatamente a la señora algunas confituras... Figuraos que una vez nos enfadamos, no recuerdo por qué causa. La cosa no tiene nada de particular; todas las madres, de cuando en cuando... Pero..., ¿podrías acercaros un poco más?
30 No vayáis a creer lo que dicen en la ciudad, de si no era buena conmigo. Vos, que sois una mujer superior y de un natural noble, veis sin duda más allá que la mayoría de la gente en estas cuestiones... Realmente, es un verdadero placer conversar con vos. ¡Qué cabellos tan lindos los vuestros! ¡Qué hermosura!... No, ella siempre fue un carácter impulsivo; lo sé. Pero, ¡ah, hija mía, qué inteligencia y qué gracia en todo! Si alguna vez hubo entre nosotras alguna desavenencia, siempre fue culpa mía. ¿Y no es maravillosa la prontitud y la generosidad con que siempre me perdonaba? Aquel día de que os hablaba, habíamos tenido uno de estos disgustillos. Las dos nos habíamos dicho una porción de cosas desagradables, corriendo luego a encerrarnos en nuestras respectivas habitaciones. Pero, inmediatamente, las dos volvimos,
40 decididas a pedirnos perdón mutuamente. Ya sólo nos separaba una puerta, y la una empujaba en un sentido, mientras la otra empujaba en el contrario. Y, por último, ella... me tomó el rostro entre sus manos... Así. ¡Mirad, así...!

Y la marquesa cayó casi de su sillón, al inclinarse hacia adelante, con el rostro bañado en lágrimas de felicidad, mientras sus manos evocaban el ademán
45 maravilloso. Y místico, podríamos añadir, ya que, en realidad, sólo había tenido efecto en la imaginación de la marquesa.

—Me alegro de que hayáis venido —prosiguió—, sí, me alegro; pues ahora, ya sabéis, y habiéndolo oído de mi propia boca, que no es mala conmigo, como dicen algunas personas. ¡Sí, creedlo, señora: la culpa era siempre mía! Por otra parte, con

mirarme basta. ¡Miradme bien, os lo suplico! ¿No fue, realmente, un error de la naturaleza el darme por hija una muchacha tan hermosa? Sin contar que tengo un carácter muy difícil. ¡Si supierais lo difícil que es vivir conmigo! Vos, lo mismo que ella, sois mujeres superiores... ¡No, no me interrumpáis! Vos, como ella, sois mujeres de excepción. Yo, en cambio, no soy sino una pobre mujer... chiflada... 5 estrambótica... absurda. ¡Permitidme que bese vuestros pies! ¡Sí, soy una mujer imposible, imposible... absolutamente imposible!

Y aquí sí que Doña María se cayó efectivamente de su sillón, teniendo Pepita que acudir en su socorro y transportarla al lecho, mientras la Perrichola, toda confusa 10 y consternada, como si hubiese cometido un delito, se volvía a su casa. Una vez en ella, permaneció largo rato sentada ante su espejo, contemplándose en él los ojos y oprimiéndose las mejillas con las palmas.

Pero la persona que asistió a la marquesa en sus horas más difíciles era su joven azafata Pepita. Pepita era huérfana, y había sido criada por aquel singular genio de 15 Lima que fue la abadesa Madre María del Pilar. La única ocasión en que las dos grandes mujeres del Perú (como la perspectiva de la historia había de consagrarlas) se encontraron frente a frente, fue el día en que Doña María acudió a la directora del convento de Santa María Rosa de las Rosas para preguntarle si no habría alguna huerfanita despejada a la que sacar del orfanato para que viviera con ella y la hiciera 20 compañía. La abadesa miró fijamente a la grotesca anciana. Aun los más sabios de este mundo no lo son nunca del todo, y Madre María del Pilar, que era capaz de adivinar el pobre corazón humano tras la máscara más impenetrable de recelo o de locura, habíase negado siempre a reconocerle uno a la marquesa de Montemayor. Así, no es de extrañar que le hiciese una porción de preguntas, y se detuviera a 25 pensar la propuesta. Por un lado, habría querido proporcionar a Pepita la experiencia mundana de vivir en una casa señorial, y por otro habría deseado atraerse, en pro de los intereses que representaba, a la anciana señora; pero al mismo tiempo sentíase poseída de una hosca indignación, pues se daba cuenta sobrada de que tenía ante sí, en aquel momento, a una de las mujeres más ricas del Perú, y la más ciega de todas.

La abadesa era uno de esos seres que han consentido en la anulación de su vida, por haberse enamorado de una idea varios siglos antes del momento fijado, para su 30 orto en la historia de la civilización. Día tras día, obstinábase contra la terquedad de su tiempo, poseída por el deseo de conferir una cierta dignidad a la mujer. A medianoche, cuando había terminado de sacar las cuentas del establecimiento, solía caer en delirantes visiones de una época en que las mujeres podrían organizarse para 35 proteger a la mujer: la mujer que viaja, que sirve y que trabaja, la mujer cuando es vieja o está enferma, la mujer que había visto en las minas de Potosí o en el taller de los lenceros, y la mujer que había recogido bajo los soportales en las noches de lluvia. Pero siempre, a la mañana siguiente, veíase obligada a afrontar el hecho 40 incontrovertible de que las mujeres en el Perú, empezando por sus mismas monjas, pasaban a través de la vida con dos ideas solamente: primera, que todas las desgracias que podían ocurrirle debíanse simplemente al hecho de no ser lo bastante atractivas para obligar á un hombre a su manutención; segunda: que todas las miserias de este mundo eran nada en comparación con sus caricias. Ella no conocía 45 más comarca ni paisaje que los alrededores de Lima, y suponía que la corrupción reinante en ésta era el estado normal de la humanidad. Cuando, desde nuestro siglo, volvemos la vista hacia el suyo, adviértese bien claramente lo absurdo de su esperanza. Veinte mujeres como ella no habrían conseguido abrir el menor surco en aquella época. No obstante, ella continuaba trabajando con todo ahínco en su misión, 50 semejante a la golondrina de la fábula, que cada mil años transportaba un grano de

trigo, esperando levantar así una montaña que llegase hasta la luna. En todas las épocas han surgido seres de esta laya: tenazmente, empéñanse en transportar sus granos de trigo y casi diríase que gozan con el escarnio de los espectadores.

5 Su faz rubicunda expresaba una gran bondad, y más idealismo aún que bondad, y todavía más espíritu de mando que idealismo. Toda su obra, sus hospitales, su orfanato, sus súbitas excursiones de salvación dependían del dinero. Nadie abrigaba una mayor admiración por la bondad pura, pero ella sabía cómo tuviera que sacrificar su benevolencia, y casi su idealismo, al espíritu de mando, tan tremendas eran las luchas para obtener los más indispensables subsidios de sus superiores eclesiásticos.

10 El arzobispo de Lima, al que más tarde habremos de conocer, en ocasión menos ingrata, la detestaba con lo que él llamaba un «odio vatiniano»², declarando la ausencia de sus visitas como una de las compensaciones que habría de depararle la desaparición de este mundo.

15 Últimamente, había sentido, no sólo el soplo de la vejez sobre sus mejillas, sino, también una más grave admonición. Un escalofrío de susto la había sacudido, no por ella misma, sino por su obra. ¿Quién había en todo el Perú que diese un valor cualquiera a aquellas cosas que en tanto tenía ella? Y levantándose un día al toque del alba, había recorrido apresuradamente su hospital, convento y orfanato, en busca de un alma que poder educar como sucesora. Febrilmente, había pasado de rostro en rostro, hallándolos todos irremediamente vacíos de lo que ella necesitaba encontrar, y cuando se detenía un poco más en alguno era más por ansia de esperanza que por convicción. No obstante, al llegar al patio, he aquí que se tropezó con un grupo de muchachas que estaban haciendo la colada, y sus ojos fueron a posarse, como atraídos por un imán natural, en aquella que parecía dirigirlas, a la par que les narraba los milagros menos verosímiles de Santa Rosa de Lima. Y así fue como su búsqueda vino a terminar en Pepita. Educar para la realización de grandes cosas, es ya siempre tarea ardua, pero en medio de las susceptibilidades y celillos de un convento aún lo es más, y tiene que ser llevada a cabo con los más extraños rodeos. Designada para los más ingratos quehaceres del establecimiento, Pepita pudo, en cambio, darse cuenta cabal de los diversos aspectos de su administración; y aunque no fuese sino con el modesto cometido de velar sobre los huevos y las verduras, ella era siempre la que acompañaba a la abadesa en sus viajes. Y he aquí que en todas partes, y del modo más inesperado, siempre había algún momento en que la directora surgía como por escotillón y hablaba largamente con ella, no sólo de cuestiones religiosas, sino también de cómo se debía manejar a las mujeres y organizar enfermerías para los contagiosos y sacar dinero al prójimo.

20

25

30

35

Considerada como una etapa en este proceso educativo planeado por Madre María del Pilar, tal fue el motivo de la entrada de Pepita en casa de la marquesa, como azafata de honor o dama de compañía. Durante los dos primeros años, sólo venía al palacio alguna que otra tarde, pero, al fin, acabó por trasladarse a él. Como nunca la habían enseñado a esperar la felicidad, los inconvenientes, por no decir los terrores de su nuevo estado, no hubieron de parecerle excesivos para una muchacha de catorce años. Pues ella estaba muy lejos de sospechar que la abadesa no la perdía un momento de vista, atenta de continuo a lo que acontecía en la casa, contando sus esfuerzos y vigilando el momento en que un trabajo puede lastimar sin fortalecer.

40

45

² De Vatinius, un aventurero romano, representado por Cicerón como uno de los más viles malhechores que hayan existido nunca. Otro Vatinius de mala reputación fue el bufón y espía de la corte de Nerón, tan deforme de cuerpo como de espíritu, al decir de sus contemporáneos. — (*N. del T.*)

Algunas de las pruebas sufridas por Pepita eran puramente físicas: tales, por ejemplo, cuando los criados, prevaleciendo del estado de inconsciencia de la marquesa, abrían las estancias del palacio a sus deudos y parientes y robaban cuanto podían, siendo Pepita la única que sabía hacerles frente, soportando por ello una persecución hecha de burlas y menudos sinsabores. Pero tampoco faltaban las preocupaciones de espíritu, como cuando acompañaba a Doña María en sus divagaciones a través de la ciudad, durante las cuales no era raro que se sintiese bruscamente asaltada por el deseo de entrar en una iglesia, pues lo que había perdido de fe religiosa lo había reemplazado con una especie de magia religiosa. «Espérame aquí, al sol, hija mía; que en seguida vuelvo», solía decir en estas ocasiones a Pepita; pero lo más frecuente era que, después de demorarse largamente en un vago ensueño a los pies del altar, abandonase la iglesia por otra puerta, sin acordarse para nada de Pepita. Esta, por otra parte, había sido criada por Madre María del Pilar en un sentimiento de obediencia a tal punto extremado, que cuando, al cabo de varias horas, se atrevía a entrar en la iglesia y veía que su señora ya no estaba allí, aun se volvía a la esquina señalada, aguardando hasta que las sombras invadían paulatinamente la plaza. Esta espera en público le infligía todas las torturas de que es capaz una muchacha preocupada con el cumplimiento de sus deberes. Todavía llevaba el uniforme del orfanato (que un minuto de atención a su persona por parte de Doña María habría bastado a cambiar) y, de pie en aquella esquina, no era raro que la asaltasen ciertas alucinaciones, en las que hombres desconocidos la miraban de hito en hito, murmurando a su oído palabras incomprensibles (aunque bueno será advertir que no siempre eran alucinaciones). Igualmente, su corazón tenía sus motivos de sufrimiento, pues si es cierto que, algunos días, Doña María parecía darse cuenta de su existencia, hablándole con cordialidad y donosura, dando pruebas durante algunas horas de toda la exquisita sensibilidad que revelan sus cartas, no es menos verdad que, al día siguiente, podía muy bien abstraerse de nuevo en sí misma y, aunque nunca severa, tornarse impersonal y como inexistente. Los impulsos de esperanza y de afecto que Pepita necesitaba a toda costa emplear, sentíanse lastimados. Silenciosa, asustada, sin brújula, andaba de puntillas por el palacio, aferrándose anhelosamente al sentido de su deber y su lealtad con respecto a su «madre en el Señor», Madre María del Pilar, que allí la enviara.

De pronto, tuvo lugar un hecho nuevo, llamado a ejercer los más considerables efectos sobre la vida tanto de la marquesa como de su compañera. «Mi querida madre —escribió un día la condesa—, el tiempo ha sido, realmente, de prueba, y el estar en flor las huertas y jardines lo hace todavía menos soportable. ¡Si siquiera no tuviesen aroma las flores! Así, no os extrañe que demande vuestra venia para escribiros hoy más brevemente que de costumbre. Si Vicente regresa antes de que salga la posta, él tendrá un verdadero placer en acabar esta página, suministrándoos todos aquellos enojosos detalles a mi persona concernientes que tanto parecen complaceros. Este otoño no iré, como esperaba, a Grignan, en Provenza, pues nuestro hijo nacerá, según creo, a primeros de octubre».

¿Un hijo? La marquesa tuvo que apoyarse en la pared. Doña Clara, previendo las terribles inquietudes que esta noticia iba a provocar en su madre, había tratado de mitigarlas anunciándola punto menos que por azar y como si careciera de importancia. Pero la añagaza fracasó, y la famosa carta XLII fue la respuesta.

He aquí que, por fin, tenía ya la marquesa un legítimo motivo de ansiedad: ¡su hija iba a ser madre! Este acontecimiento, que no hizo sino contrariar a Doña Clara, reveló a la marquesa toda una nueva gama de emociones. Inmediatamente, convirtióse en una mina de conocimientos y consejos médicos, registrando de arriba

abajo la ciudad en busca y consulta de comadronas experimentadas, a fin de poder verter en sus cartas toda la sabiduría popular del Nuevo Mundo en la materia. En seguida cayó en la más lamentable superstición, poniendo en práctica un sistema verdaderamente absurdo de *tabús* y amuletos, llamados a proteger a su hija en el terrible trance. De allí en adelante, no permitió un solo nudo en la casa, prohibiendo a las doncellas que recogiesen sus cabellos y escondiendo sobre su persona los más grotescos símbolos de una feliz parturición. En las escaleras, los peldaños pares fueron marcados con almagre, y una doncella que había pisado por casualidad uno de estos peldaños pares fue arrojada de la casa entre sollozos y gritos. Doña Clara se hallaba en manos de la malévola Naturaleza, que se reserva el derecho de infligir a sus criaturas las más atroces jugarretas. ¿Acaso no había todo un ceremonial de propiciación, que ya sirviera de auxilio a generaciones y generaciones de campesinos? Esta innumerable cohorte de testimonios tenía, forzosamente, que implicar alguna verdad. Por lo menos, es seguro que no podía hacer daño, siendo, en cambio, posible que sirviera de algún socorro. Pero la marquesa no se atuvo solamente a los ritos paganos, sino que estudió, al propio tiempo, las prescripciones del Cristianismo. Levantándose todavía a oscuras, corría dando traspies por las calles de Lima, hacia las misas más tempranas. Anhelosamente, se aferraba a la barandilla de los altares, pugnando por arrancar a las imágenes policromas un signo cualquiera, un signo solo, aunque sólo fuese una sonrisa, la sombra de una sonrisa, la inclinación furtiva de una cabeza de cera... ¿Iría todo bien? ¡Madre, Madre Santísima! ¿Iría todo bien?

A veces, después de un día entero consagrado a estas invocaciones frenéticas, operábase en ella una súbita revulsión. ¡La naturaleza es sorda! ¡Dios, indiferente! ¡Nada, de cuanto puede el hombre, es capaz de alterar el curso de la ley! En esos instantes, deteníase, doquiera se encontrase, en un rincón de su palacio lo mismo que en la esquina de una calle, y ebria de desesperación, teniendo que apoyarse contra el muro, aspiraba furiosamente a abandonar un mundo que era obra exclusiva del azar. Pero pronto una cierta fe en el gran Acaso surgía de las profundidades de su ser y, si se encontraba en la calle, corría hacia su casa, a renovar los cirios que ardían de continuo sobre el lecho de su hija.

Por último, llegó el momento de llevar a la práctica el rito supremo de las familias peruanas en relación con los acontecimientos de esta índole, a saber: la peregrinación al santuario de Santa María de Cluxambuca. Si había alguna eficacia en la devoción, indudablemente residía en una visita a este milagroso santuario. El paraje había sido santificado nada menos que por tres religiones; mucho antes aún de la civilización incaica, multitud de seres atormentados habían abrazado estas peñas y se habían abierto las carnes con el flagelo, para obtener del cielo su deseo.

Allí fue donde se hizo llevar en su litera la marquesa, cruzando el puente de San Luis Rey y escalando la montaña que conducía a aquella ciudad de mujeres de amplios ceñidores, ciudad tranquila, de lenta andadura y sonreír lento, ciudad de aire cristalino, frío como los manantiales que alimentan sus cien fuentes, ciudad de campanas, dulces y musicales y acordadas para sostener entre sí armoniosas querellas. Las mismas penas que traían consigo, las esperanzas y deseos defraudados eran menores en la ciudad de Cluxambuca, y como absorbidas por la mole inmensa de los Andes y por la atmósfera de alegría sosegada que envolvía sus calles. Virtud a tal punto pacificadora, que no bien hubo visto la marquesa en la lejanía las blancas murallas de esta ciudad posada sobre el regazo de las más altas cimas, cuando ya sus

dedos dejaban de pasar las cuentas de su rosario y las plegarias incesantes que le inspiraba su miedo apagábanse bruscamente en sus labios.

5 Sin detenerse siquiera en la posada, aunque dejando en ella a Pepita para proveer a su acomodo, Doña María se dirigió en derechura a la iglesia, donde permaneció
largo rato, restregándose suavemente las manos, mientras prestaba oído a la nueva
marea de resignación que se levantaba en sus, adentros. Quizás, con el tiempo, hasta
aprendería a tolerar que lo mismo su hija que sus dioses se gobernasen a su guisa.
Por lo pronto, no se sintió importunada por el susurrar de las viejas que vendían
cirios y medallas y hablaban de dineros desde el amanecer hasta la anohecida; ni
10 aun se dejó distraer por el sacristán oficioso, empeñado en obtener propina a toda
costa, y que, defraudado en su propósito, hubo de vengarse haciéndola cambiar de
sitio, so pretexto de reparar un baldosín.

Al salir de la iglesia, maquinalmente casi, Doña María fue a sentarse en los
escalones de la fuente. Desde allí se estuvo mirando las abigarradas procesiones de
15 inválidos que discurrían lentamente por el jardín, y tres halcones que en las alturas
entrecruzaban majestuosamente su vuelo. Los niños que, hasta aquel momento,
jugaran en torno de la fuente, la contemplaron unos segundos con los ojos muy
abiertos, y al fin, vagamente alarmados, se batieron en retirada; pero, en cambio, una
llama (toda una dueña, de largo cuello y ojos dulces y vacuos, abrumada por una
20 manteleta de pieles demasiado gravosa para ella y descendiendo remilgadamente una
interminable escalinata) vino a ofrecerle una tibia nariz de terciopelo que acariciar.
La llama es un animal que se interesa pro-fundamente en los seres humanos que la
rodean, hasta el extremo de imaginarse a veces que es uno de ellos, y de insertar su
cabeza en el diálogo, como disponiéndose a contribuir con un comentario, poco
25 brillante acaso, pero discreto y oportuno. Así, pronto Doña María se vio rodeada de
un corro de estas hermanas, que parecían a punto de preguntarle por qué se
restregaba las manos de aquel modo, y a cuánto salía la vara del velo que llevaba
puesto.

Doña María había dispuesto las cosas de manera que todas las cartas que
30 llegasen para ella de España le fuesen inmediatamente traídas por un mensajero
especial. Como había efectuado el viaje desde Lima con todo reposo, no es de
extrañar que, estando aún sentada en aquella plaza, se le acercase, a paso de carrera,
un mozo de su finca y depositara en sus manos un grueso paquete envuelto en
pergamino, del que pendían varios sellos de cera con las armas de los Abuirre. Con
35 ademanes mesurados y estoicos, Doña María leyó primero una nota afectuosa y
jovial de su yerno; en seguida, la carta de su hija. Esta abundaba en observaciones
hirientes, dichas con gran donosura y es muy posible que sin otro objeto que el de
hacer sufrir primorosamente, por puro virtuosismo. Cada una de sus frases se abrió
así camino a través de los ojos de la marquesa, antes de ir, embotada su punta por la
40 indulgencia y el perdón materno, a dar en el blanco de su corazón. Una vez concluida
la despaciosa lectura, levantóse Doña María; dispersó dulcemente el corro de las
llamas atentas, y volvió con rostro grave al santuario.

Mientras la marquesa pasaba la tarde en la iglesia, Pepita cuidó del alojamiento.
Mostrando a los porteadores dónde habían de dejar las grandes cestas y jaulas de
45 mimbre, se dedicó a desembalar el altar, el brasero, las alfombras y los retratos de
Doña Clara. Luego, bajó a la cocina y dio al cocinero las instrucciones necesarias
para la recta confección de un cierto potaje que constituía el alimento principal de la

marquesa. En seguida, volvió a las habitaciones de ésta, para aguardar su regreso. Pero, como Doña María tardase, resolvió escribir una carta a la abadesa.

5 Largo rato se estuvo con la pluma en el aire, mirando ante sí sin ver y temblándole levemente los labios. Veía la faz de Madre María del Pilar, tan rubicunda y pulida, y aquellos maravillosos ojos negros; oía su voz, como soliera oírla cuando, al término de la cena (con las huerfanitas todavía sentadas, bajos los ojos y las manos cruzadas), comentaba los sucesos del día, o cuando, a la luz de las velas, en pie junto a los lechos del hospital, enunciaba el tema para la meditación nocturna. Pero, más claramente aún que todo el resto, recordaba Pepita aquellas
10 inesperadas conversaciones, durante las cuales la abadesa (no atreviéndose a aguardar a que Pepita fuera mayor) le explicara los deberes de su puesto, hablándola como se habla a una igual. Estos coloquios tenían, forzosamente, que resultar extraños y perturbadores para una niña inteligente, y Madre María del Pilar había abusado de ellos, ampliando la visión de Pepita respecto a lo que debía sentir y hacer
15 en una desproporción excesiva con sus años. Irreflexiblemente, había proyectado sobre Pepita toda la llama de su personalidad, por modo muy semejante al que hiciera Júpiter con Sémele. Pepita se hallaba aterrada por el sentimiento de su insuficiencia, que, aunque trataba de ocultarlo, le costaba muchas lágrimas solitarias. Por si fuera esto poco, la abadesa le había impuesto, cuando apenas si había dejado
20 de ser una niña, la terrible disciplina de esta larga soledad, en la que Pepita se debatía anhelosamente, negándose a creerse abandonada.

En este momento —como en tantos otros—, desde esta extraña posada, en medio de estas montañas extrañas, cuya altura comenzaba ya a marearla, Pepita sintió, desesperadamente, la nostalgia, y el ansia de la adorada presencia, la única cosa real
25 de su vida. Y, movida por este sentimiento, escribió a Madre María del Pilar una carta, llena de borrones, y de incoherencias. En seguida, bajó de nuevo a la cocina, a ver si habían traído el carbón y a probar el potaje.

Lo primero que hizo la marquesa al volver de su excursión propiciatoria fue sentarse ante la mesa de escribir. «No puedo hacer más. Lo que haya de ser, será»,
30 murmuró. Acto seguido, se quitó del cuello los amuletos de su superstición, y los arrojó al brasero encendido. Sentía, de pronto, como si se hubiera enajenado a Dios con tanta oración, en vista de lo cual trató ahora de dirigirse a Él por vía indirecta y como de soslayo. «Después de todo, su destino está en otras manos que las mías. No pretendo ya la más mínima influencia. Lo que haya de ser, será.»

35 Largo rato llevaba sentada, con el rostro entre las manos y un gran vacío en la mente, cuando sus ojos cayeron por azar sobre la carta de Pepita. Maquinalmente, la abrió y comenzó a leerla. Pero, hasta que la hubo mediado, puede decirse que no empezó a darse cuenta del sentido exacto de las palabras, «...mas todo esto es nada si vos me queréis y deseáis que continúe junto a ella. Realmente, no debería contároslo,
40 pero las otras doncellas, que son muy malas, se divierten encerrándome en las habitaciones, y roban cosas, que a lo mejor la señora se figurará que soy yo quien las roba. Espero que no, como espero también que estéis bien de salud y sin motivos de preocupación con respecto al hospital ni a nada. Aunque nunca os veo, en vos pienso todo el tiempo, recordando siempre cuanto me dijisteis, mi reverenda madre en el
45 Señor. Desde luego no sería yo quien deseara hacer otra cosa que vuestra voluntad, pero si pudieseis dejarme volver por unos días al convento... aunque ello, desde luego, solamente en el caso de que tal sea vuestro deseo. Pues estoy tan sola, y sin hablar con nadie, aparte de todo lo demás. A veces, hasta se me ocurre pensar si vos

me habréis olvidado, y si pudieseis encontrar un momento para escribirme, aunque no fuese más que unas palabras, creo que podría soportarlo, pero de sobra sé lo muy ocupada que estáis...»

5 Doña María no siguió adelante. Plegando de nuevo la carta, la dejó a un lado. Por un instante, se sintió poseída de envidia. ¡Ah, ella querría poder dominar otras almas tan cabalmente como hacía aquella monja! Y, más que nada, deseó fervientemente el volver a aquella simplicidad del amor, el despojarse del fardo de vanidad y de orgullo que siempre había llevado a costas el suyo. Para aplacar el tumulto de su espíritu, tomó un devocionario y se esforzó por fijar su atención en las palabras.
10 Pero, al cabo de un instante, sintió de pronto la necesidad de releer toda la carta, de sorprender, si ello era posible, el secreto de tamaña felicidad.

En este momento entró Pepita con la cena, seguida de una doncella. Doña María la miró atentamente, por encima de su libro, lo mismo que habría contemplado a un visitante caído del cielo. Pepita andaba de puntillas por la habitación, poniendo la mesa y musitando instrucciones a su auxiliar:

—La cena está servida, señora —declaró por fin.

—¿Cómo, hija mía, no vais a cenar conmigo? —preguntó extrañada doña María, advirtiendo sólo un cubierto, y siendo la costumbre en Lima que Pepita comiese con ella.

20 —Pensé que volveríais cansada, señora, y cené ya abajo...

«¡Ah!, eso quiere decir que no le gusta comer conmigo —pensó la marquesa—. Me conoce y, conociéndome, me ha rechazado.»

—¿No querríais que os leyese algo en voz alta mientras coméis, señora? —preguntó Pepita, sintiendo como si hubiera cometido algo que no estuviese bien.

25 —No. Podéis iros a dormir, si gustáis.

—Gracias, señora.

Doña María, levantándose, se había acercado a la mesa. Con una mano sobre el respaldo de la silla, pronunció, titubeante:

30 —Tengo que enviar una carta a Lima, mañana temprano. Si tuvieseis también alguna, podría ir junto con la mía...

—No, señora; no tengo ninguna —repuso Pepita. Y añadió presurosamente—: Con vuestro permiso, voy a bajar por un poco de carbón...

—¿Cómo es eso, hija mía? ¿Acaso no tenéis una carta para Madre María del Pilar? Si queréis...

35 Pero Pepita aparentó estar muy ocupada con el brasero.

—No; no pienso enviarla —acabó, sin embargo, por declarar. Y, durante la larga pausa que siguió, pudo sentir fijos en ella los ojos asombrados de la marquesa. En vista de lo cual se creyó en el caso de explicar:

—He cambiado de idea.

40 —Pero, Pepita, estoy segura de que a Madre María del Pilar le gustaría recibir una carta vuestra. No me cabe duda que se alegraría muchísimo; creedme...

Pepita se puso muy colorada, pero se contentó con replicar, quizás en voz más alta de lo que correspondía:

45 —El posadero dijo que, al anochecer, podríamos contar con una carga de carbón. Voy a decir que lo suban.

Sin embargo, antes de salir, dirigió a hurtadillas una mirada a la anciana, advirtiendo que no había cesado de contemplarla fijamente, con ojos muy asombrados y tristes. Pepita sentía, en su fuero interno, que no estaba bien hablar de aquellas cosas, pero la extraña señora parecía tomar la cuestión tan a pechos, que

50 Pepita consintió en añadir:

—No, no era una carta como es debido. Al contrario...

La estupefacción de Doña María creció de punto.

—¡Pero, mi querida Pepita, si es una carta preciosa! Creedme, yo entiendo de estas cosas. ¿Por qué no iba a ser una carta como es debido?

5 Pepita frunció el ceño, buscando una respuesta decisiva.

—No... no era... animosa —dijo al fin. Y no agregó ya palabra.

Pepita se llevó la carta a su alcoba, y la marquesa pudo oír cómo la rompía. Luego, se metió en la cama, y permaneció largo rato con los ojos abiertos en la oscuridad, con un vago remordimiento por haber hablado de aquel modo.

10 Doña María, entre tanto, se sentaba ante su plato de potaje, cada vez más asombrada.

Ella no había tenido jamás el menor ánimo, ni en la vida ni en sus sentimientos. Sus ojos escudriñaron minuciosamente su corazón. Pensó en los amuletos y en los rosarios, en su afición a la bebida... pensó en su hija. Recordó las relaciones entre
15 ambas, plagadas de frases tergiversadas, de desaires imaginarios, de inoportunas confidencias, de acusaciones, de indiferencia y despego... (Sí, sí, no cabe duda que aquel día no se encontraba en su juicio; pues ¿no se recordaba ahora apuñando frenéticamente la mesa?) «Pero no es culpa mía —exclamó—. ¡No es culpa mía el ser así! Fueron las circunstancias; el modo que tuvieron de criarme, la educación que
20 recibí. ¡Pero mañana daré comienzo a una vida nueva! Lo juro. ¡Espera, espera un poco, hija mía, y verás!»

Por último, despejando la mesa, se sentó de nuevo a ella, para escribir lo que llamara su primera carta, su primera carta animosa —¡ay, todavía tan vacilante y llena de borrones!— Recordó, toda avergonzada, que precisamente en la anterior
25 había preguntado a su hija quejumbrosamente hasta qué punto la quería, trayendo con avidez a cuento las pocas y un tanto vagas caricias epistolares que últimamente la otorgara Doña Clara. La marquesa no podía ya anular aquellas páginas, pero sí podía, en cambio, escribir ahora otras, espontáneas y generosas. Por otra parte, nadie, con excepción de ella misma, las ha considerado nunca vacilantes. Justamente, se
30 trata de la famosa carta LVI, llamada por los enciclopedistas su Segunda Epístola a los Corintios, a causa de su inmortal pasaje sobre el amor: «De los miles de personas con que nos encontramos en la vida, hija mía..., etc.

Casi amanecía cuando dio fin a la carta. Abriendo las maderas del balcón, contempló las luengas sargas de estrellas que relumbraban sobre los Andes. Durante
35 toda la noche, aunque hubiera tan contados mortales capaces de oírlo, el firmamento entero había resonado con el cantar de las constelaciones.

Luego, tomando una palmatoria encendida, pasó a la estancia contigua, y contempló unos instantes el sueño de Pepita, apartando de su frente los cabellos húmedos que la cubrían.

40 «¡Dejadme vivir ahora, Señor! —murmuró—. ¡Dejadme comenzar de nuevo!»

Dos días después, volvían a ponerse en marcha hacia Lima, pereciendo en el accidente del puente de San Luis Rey, de que ya tuvimos noticia.

QUINTA PARTE

Acaso un designio

5 Un nuevo puente de piedra ha venido a reemplazar al antiguo, pero el acontecimiento no ha sido olvidado. Varias expresiones proverbiales, de él derivadas, se han encargado de conservarlo a las generaciones posteriores. «Hasta el martes, si el puente no se viene abajo», dirá un limeño, para significar la posible intervención de lo fortuito en los propósitos humanos. «Mi primo vive junto al puente de San Luis Rey», dirá otro, y una leve sonrisa asomará a los labios de todos los presentes, pues 10 ello quiere decir que el aludido vive bajo la espada de Damocles. Tampoco faltan los romances y poemas sobre el accidente, ya incorporados al acervo clásico y recogidos en todas las antologías peruanas, pero el verdadero, el gran monumento literario que conmemora y perpetúa el suceso es, sin disputa, el libro de Fray Junípero.

15 Hay cien maneras de maravillarse ante los acontecimientos. Fray Junípero no habría llegado nunca a discernir su método, de no haber existido la amistad que le unía con un cierto profesor de la Universidad de San Martín. La esposa de este sabio varón había huido una mañana, en un barco que zarpaba para España, siguiendo los pasos de un apuesto milite y dejando al cuidado del marido dos niñas todavía en 20 pañales. Impregnado de toda la amargura que faltaba a Fray Junípero, nuestro sabio complaciase, y en cierto modo consolábase, con la idea de que todo iba a tuertas en este mundo, y no dejaba escapar ocasión de destilar en el oído del franciscano todos aquellos pensamientos y anécdotas que podían contradecir la noción de un universo gobernado. Por un instante, una vaga expresión de desaliento, casi de derrota, 25 asomaba a veces a los ojos del monje, pero, inmediatamente, y con paciencia infatigable, se dedicaba a explicar por qué tales historietas no ofrecían la menor dificultad para un creyente.

—Un día, la reina de Nápoles y Sicilia (no importa cuál de ellas para el caso) —aducía, *verbi gratia*, nuestro sabio—, hubo de descubrir que tenía un tumor maligno 30 en el costado. Consternada, ordenó a sus súbditos que acudieran a la oración, y dispuso que en todas las vestiduras, tanto en el reino de Nápoles como en el de Sicilia, se bordara una cruz votiva. La reina en cuestión era muy querida de su pueblo, y todas las oraciones y bordados fueron sinceros, aunque ineficaces. Su cuerpo yace ahora en la pompa de Monreale, y a pocas pulgadas sobre su corazón 35 pueden leerse las palabras: *No temeré mal alguno*.

A fuerza de oír tantos y tales sarcasmos contra la fe, Fray Junípero adquirió la convicción de que ya era tiempo de suministrar al mundo la prueba irrefutable de la certidumbre que alentaba en sus adentros por modo tan luminoso y ardiente. Así, cuando la peste visitó su bien amada aldea de Puerto, llevándose consigo a una 40 porción de sus habitantes, Fray Junípero estableció en seguida una especie de diagrama con las características más salientes de quince víctimas y quince supervivientes, la estadística, como si dijéramos, de su valor *sub specie æternitatis*. Cada alma fue valorada con arreglo a una base de diez en lo que concernía a su bondad, diligencia en el cumplimiento de sus deberes religiosos, e importancia para su grupo 45 familiar. He aquí un fragmento de este gráfico ambicioso:

	BONDAD	DEVOCIÓN	UTILIDAD
Alfonso G.	4	4	10
Nina	2	5	10
Manuel B.	10	10	0
50 Alfonso V.	-8	-10	10

La cosa era más difícil de lo que él previera. Casi todos los habitantes, en un país fronterizo y de vida precaria como era aquél, revelábanse indispensables desde el punto de vista económico, y la tercera columna resultaba perfectamente inútil. El examinador se vio obligado al empleo de términos negativos al enfrentarse con el carácter íntimo de un hombre como Alfonso V, que no era, a semejanza de Vera, simplemente malo, sino que, además, era un propagandista de la maldad, y no sólo no iba nunca a la iglesia, sino que inducía a los demás a que no fuesen. Vera N., en cambio, era mala, pero era un modelo de devoción y el sostén de toda una familia. De todos estos datos desconsoladores Fray Junípero dedujo un índice para cada campesino. Sumando las cifras obtenidas por los difuntos, y comparando este total con el correspondiente a los supervivientes, descubrió que los muertos merecían el quíntuplo que éstos el haber escapado con vida. Hubiérase dicho, realmente, que la peste había sido dirigida contra las personas más meritorias y valiosas de la aldea de Puerto.

No es, pues, de extrañar que aquella misma tarde fuese Fray Junípero a dar un paseo a orillas del mar y, luego de hacerlos concienzudamente trizas, arrojase a las olas los papeles en que constaba su hallazgo. Durante una hora entera contempló en seguida las grandes nubes nacaradas que fluctuaban eternamente sobre el horizonte marino, y la contemplación de esta hermosura hubo de inspirarle una resignación cuyo análisis vedó a su espíritu crítico. ¡Ay, la discrepancia entre la fe y los hechos es mayor de lo que por regla general se imagina!

Pero fue otra historieta del sabio profesor de la Universidad de San Martín —y ésta no tan subversiva—, lo que sugirió a Fray Junípero la idea de su pesquisa sobre el desastre del Puente de San Luis Rey.

Paseaba nuestro sabio un día por la catedral de Lima, cuando, deteniéndose ante el epitafio de una dama, hubo de leer en él, con labio cada vez más irónico, que la tal dama había sido durante veinte años el centro y la alegría de su hogar, a la par que el deleite de sus amigos, que todos aquellos que tuvieran la suerte de conocerla se habían separado siempre de ella maravillados de su bondad y su hermosura, y que allí reposaba en espera del retorno de su Señor. Desgraciadamente, el mismo día que nuestro sabio leyera estas palabras había tenido una porción de sinsabores; de manera que, sin acertar a contenerse, hubo de levantar los ojos de la marmórea lápida y exclamar rabiosamente:

—¡Qué asco! ¡Eso de que no puedan darse dos pasos sin encontrar alguna inscripción de este género! ¡Como si no supieran ya todos que no hacemos otra cosa en este mundo que satisfacer nuestros deseos! ¿A qué perpetuar, pues, este embuste del altruismo? ¿A qué mantener esta leyenda del desinterés?

Y así diciendo, resolvió denunciar esta conspiración de los marmolistas.

Su primera medida fue una minuciosa indagatoria entre los deudos, amigos y servidores de la dama en cuestión; pero he aquí que, aunque ésta llevaba ya doce años de muerta, sus buenas acciones aun la sobrevivían y dondequiera que se pronunciaba su nombre siempre iba acompañado de una dolorida sonrisa y la afirmación de que las palabras no podrían expresar cabalmente sus virtudes. La misma bulliciosa niñez de sus nietos, que no alcanzaran en su mayoría a conocerla, no dejaba de verse en cierto modo dificultada por la creencia de que era posible ser tan bueno como ella lo fuera. Cosas todas que hubieron de dejar perplejo a nuestro sabio, aunque, al fin, una vez repuesto de la sorpresa, se le oyó murmurar: «Esta mujer fue, sin duda, una excepción. Así que ello no obsta para que yo estuviera en lo cierto.»

Al compilar su libro sobre las víctimas del accidente, Fray Junípero pareció perseguido por el temor a la posibilidad de perder, omitiendo el más leve detalle, algún indicio significativo. Cuanto más se adentraba en su obra, más le parecía andar a tientas por en medio de la oscuridad, apenas con alguna que otra indicación para orientarle. Continuamente, sentíase extraviado por detalles cuya trascendencia temía dejar escapar, por insuficiencia de interpretación o no acertar a insertarlos en el lugar adecuado. En vista de ello, lo anotaba todo, pensando que si él, o algún otro espíritu más sagaz, releía veinte veces el libro, es muy posible que los hechos innumerables acabasen por entrar en movimiento, organizándose automáticamente y revelando su secreto. Así, la cocinera de la marquesa de Montemayor le contó cómo ésta se alimentaba casi exclusivamente de arroz, pescado y un poco de fruta, y Fray Junípero hubo de apuntarlo, por si de ello llegaba a deducirse algún día una característica espiritual. Don Rubio, a su vez, contó que solía venir a sus recepciones sin invitación, con el solo propósito de escamotear las cucharillas. Una comadrona, que vivía en las afueras de la ciudad, declaró, por modo parejo, que Doña María había venido a verla, haciéndole tales preguntas, y de orden tan escabroso, que ella se había visto obligada a ponerla en la puerta de la calle, como si fuese una cualquiera. En cambio, el librero de la ciudad habló muy bien de ella, asegurando que era una de las tres personas más cultas de Lima; y la mujer del guarda de su finca la pintó como una persona distraída, pero de buen corazón. Cómo puede verse, el arte de la biografía es más arduo de lo que ordinariamente se supone.

Fray Junípero descubrió, además, que aquellas personas que más íntimamente estuvieran relacionadas con los sujetos de su indagación, eran precisamente los que tenían menos informes que suministrar. Así, Madre María del Pilar le habló largamente de Pepita, pero sin decirle una palabra de sus propias ambiciones con respecto a ella. La Perrichola, que en un principio fue de acceso difícil, llegó a simpatizar con el franciscano; pero, si la silueta que trazara del Tío Pío contradecía de plano los enojosos testimonios que le llegaran de otros sectores, en cambio apenas si quiso hablar de su hijo. Sus referencias a Don Jaime fueron muy escasas, arrancadas con un vivo sufrimiento; y, al fin, hubo de poner un término brusco a la entrevista. El capitán Alvarado, por su parte, contó lo que pudo de Esteban y del Tío Pío. Los que más saben en este terreno, son siempre los que menos se aventuran.

Pasaremos por alto las generalizaciones de Fray Junípero. En resumen, podría decirse que creyó ver en el accidente, por un lado, al réprobo destruido y al justo llamado a la vida eterna; y, por otro, el orgullo y la riqueza confundidos, como una lección para el mundo, y la humildad coronada y recompensada, como un ejemplo de edificación para la ciudad. Pero, a decir verdad, Fray Junípero no se sentía completamente satisfecho con sus razones. ¡Quién sabe! Después de todo, era muy posible que la marquesa de Montemayor no fuese un monstruo de avaricia, ni el Tío Pío de libertinaje.

Una vez concluso, el libro cayó bajo los ojos de ciertos jueces eclesiásticos, que no vacilaron en tacharlo de heterodoxo, ordenando que fuera quemado, con su autor, en la plaza pública.

Fray Junípero se sometió a la sentencia que le presentaba como un instrumento del demonio para una de sus más brillantes campañas en el Perú; pero, sentado aquella última noche en su celda, esforzándose por descubrir en su propia vida la norma que no lograra discernir en las otras cinco. El no se rebelaba, no; dispuesto estaba, sin reserva alguna, a sacrificar su vida por la pureza de la Iglesia, pero habría deseado oír una voz que atestiguara por él que su intención, cuando menos, había sido en favor de la fe. Desgraciadamente, pensaba, no había nadie en todo el mundo

que pudiera creerle. Pero, en esto, hubo de engañarse, pues al día siguiente, en medio de aquella abigarrada muchedumbre y bajo aquel sol resplandeciente, fueron muchos los que, amándole, creyeron también en él.

5 Allí estaba una pequeña delegación de la aldea de Puerto, y lo mismo Nina (Bondad, 2; devoción, 5; utilidad, 10) que otros varios asistieron con rostro contraído y asombrado a la entrega de su frailecito a las llamas. Pero aun entonces, aun entonces, Fray Junípero sintió una terca seguridad que le decía que San Francisco, cuando menos, no le habría condenado en absoluto, y —sin atreverse a invocar otro nombre más grande, ya que tan propenso a error parecía en estas materias—
10 pronunció dos veces el de San Francisco e, inclinándose sobre la llama, sonrió y expiró.

El día de los funerales fue tibio y despejado. Los limeños entraban torrencialmente por las puertas de la catedral y, dilatados los ojos oscuros, por un temor reverente, contemplaban el catafalco de terciopelo negro y plata. El Arzobispo,
15 revestido de sus resplandecientes vestiduras, rígidas como la madera, transpiraba profusamente sobre su trono, prestando de vez en vez un oído inteligente a las sublimidades del contrapunto de Victoria. El coro había estudiado de nuevo las páginas incomparables que, como supremo adiós a la música, compusiera Tomás Luis para su amiga y protectora la Emperatriz, de Austria, y toda esta melancolía y
20 suavidad, todo este realismo español destilado a través de la manera italiana, se elevaba y descendía, alternativamente, sobre aquella marea de mantillas. Don Andrés, bajo los damascos y penachos de su dosel, permanecía de rodillas, enfermo y desconcertado. El sabía que aquella muchedumbre no cesaba de mirarle a hurtadillas, esperando que representase el papel del padre que acaba de perder a su único hijo.
25 Preguntábase si la Perrichola estaría presente. Nunca se había visto obligado a permanecer tanto tiempo sin fumar.

El capitán Alvarado, abandonando la plaza soleada, entró un momento. Su mirada recorrió aquella extensión de negros cabellos y blondas negras, y las hileras de cirios, y las nubes de incienso.

30 —¡Qué falso, qué irreal! —exclamó; y volvióse a la plaza. Al cabo de un instante, bajó hasta el mar y, sentándose sobre la borda de su barco, se sumió en la contemplación del agua transparente. Y, si hubiera habido alguien cerca, habría podido oírle murmurar:

—¡Felices los ahogados, Esteban!

35 Tras la celosía del coro de las monjas, la abadesa, en medio de sus hermanitas, seguía fervorosamente los oficios. La noche anterior se había arrancado un ídolo de su corazón, y la experiencia le había dejado pálida, pero firme. Había aceptado el hecho de qué, en fin de cuentas, nada importaba al mundo que su obra continuase o
40 no; bastaba con trabajar. Ella era la enfermera que cuida del paciente que jamás convalece; ella era el sacerdote que sin cesar celebra el divino servicio ante un altar al que no acude fiel alguno. Ya no habría una Pepita que prosiguiese y ampliase su obra, llamada a caer en la apatía y la indiferencia de sus compañeras. Al cielo le bastaba con que durante unos años hubiese florecido en el Perú, aunque fuera, para mustiarse en seguida, un amor desinteresado. Apoyada la frente en la mano, Madre
45 María del Pilar seguía la tierna curva ascendente del soprano en el Kyrie. «Mi cariño habría debido ser algo más semejante a este tono, Pepita. Mi vida entera habría

debido tener este acento. He estado demasiado absorbida por el trabajo», añadió tristemente; y su espíritu derivó en la plegaria.

5 Camila había roto aquel día su voluntaria clausura en la montaña para asistir a los oficios. Su corazón desbordaba de consternación y de perplejidad. He aquí que por tercera vez le llegaba una advertencia de los cielos. Su viruela, la dolencia de Jaime, ahora la rotura del puente... No, nada de esto eran simples accidentes. Y sentíase avergonzada, como si, de pronto, le hubiesen salido en la frente unas letras. Por si no fuera bastante, una orden había llegado del Virrey, anunciando que se disponía a enviar sus dos hijas a un colegio de monjas en España. Después de todo, 10 era justo. ¿Y no era justo acaso que ella se quedase sola?

Maquinalmente, se puso en camino hacia la ciudad, para asistir al oficio de difuntos. Pero, súbitamente, pensó en las muchedumbre indiferentes, que sólo con los labios se unirían a las preces por el descanso eterno del Tío Pío y de Jaime; pensó en el majestuoso ritual de la Iglesia, semejante a un abismo donde cae el ser amado, y en 15 la tempestad del *Dies irae*, donde se pierde el individuo entre los millones de muertos, y las formas se embruman y los rostros se desvanecen.

A poco más de medio camino, ante la iglesuca de adobes de San Luis Rey, Camila hizo alto, y maquinalmente, casi sin darse cuenta, se deslizó en su interior y cayó de rodillas junto a una de sus columnas, con el vago propósito de descansar un 20 rato.

Casi inmediatamente, su espíritu se puso a vagar por los limbos de su memoria en busca de los dos rostros desaparecidos. Pero en vano esperó que una emoción la sacudiese. «No siento nada —acabó por murmurarse a sí propia—. Está visto que no tengo corazón. No soy sino una pobre mujer insignificante. Me han excluido; estoy 25 aparte; no tengo corazón. Mirad, Señor, ya ni siquiera trataré de pensar en nada. Permitidme sólo que descance aquí unos momentos...» Pero, apenas había cesado de hablar, cuando de nuevo la atravesó como una espada aquel dolor terrible e inexpresable, aquel dolor que un día no consiguiera hablar al Tío Pío y decirle su amor, ni lograr una sola vez reconfortar a Jaime en sus sufrimientos. Extraviada y casi delirante, se incorporó. 30

—¡Hago traición a todo el mundo! —gritó—. ¡Me quieren, y les hago traición!

Volviéndose a su villa llevaba todo un año en este desesperado estado de ánimo, cuando un día, por azar, hubo de enterarse de que la extraordinaria abadesa había perdido en el mismo accidente dos seres muy queridos. La conmoción le hizo caer de 35 las manos la costura. Entonces, *ella* sabría; ella podría explicar... «Aunque no; sería inútil. ¿Qué podría decirme? Ni siquiera creería que una persona como yo pudiese querer nunca a nadie, ni sentir la pérdida de un ser humano.» No obstante, Camila decidió ir a Lima y observar a la abadesa de lejos. «Si adivino en su rostro, que no me despreciará, hablaré con ella», se dijo. 40

Llevando a la práctica su resolución, Camila fue a Lima, y comenzó su acecho en torno del convento, prendándose gradual y humildemente del amable rostro envejecido, aunque todavía con cierto recelo. Por fin, un día, entró a ver a Madre María del Pilar.

—Madre —comenzó, con voz trémula—, yo... yo...

45 —¿Es acaso ésta la primera vez que nos encontramos, hija mía? —interrumpió la abadesa, acudiendo en su ayuda.

—Yo fui la actriz que llamaban la Perrichola...

—¡Ah!, sí. Hace tiempo que deseaba conoceros, hija mía, pero me dijeron que no queríais ver a nadie. Ya sé que vos también sufristeis una gran pérdida en el desastre 50 del puente de San...

Camila tuvo que ponerse en pie, tambaleándose. ¡De nuevo aquel acceso de dolor punzante, aquellas manos de los muertos que no lograba alcanzar! Sus labios se pusieron lívidos, y su cabeza vino a abatirse sobre las rodillas de la abadesa.

—¡Madre, madre!, ¿qué debo hacer? Estoy sola, sola... No tengo nada en el mundo. ¡Y les quiero con toda mi alma! ¿Qué debo hacer, madre?

La abadesa la contempló atentamente.

—Venid, hija mía, vamos al jardín; hace aquí demasiado calor. En el jardín podréis descansar.

Al pasar por el claustro, hizo señal a una hermana de que le trajera un vaso de agua, y continuó hablando, maquinalmente, a Camila:

—Sí, hace tiempo que deseaba conoceros, señora. Aun antes del accidente deseaba ya vivamente conoceros: Me han dicho que en los autos sacramentales, en *El Festín de Baltasar*, por ejemplo, erais una verdadera maravilla...

—¡Por Dios, madre, no habléis así! No soy más que una pobre pecadora...

—Ea, bebed un poco de agua fresca, hija mía. Así. ¿No os parece que tenemos un hermoso jardín? Tenéis qué venir a vernos con frecuencia, y algún día conoceréis a Sor Juana, que es nuestro jardinero en jefe. Antes de profesar, no había visto ni un solo jardín, trabajando como trabajaba allá en las minas, en plena montaña. Ahora, diríase que todo crece más aprisa entre sus manos... Un año ha hecho ya desde el día del accidente. Yo perdí en él a un mozo y una muchachita que se habían criado en mi orfanato, pero vos perdisteis nada menos que un hijo, ¿no es así, señora?

—Sí, madre.

—Y también un amigo muy allegado, ¿no es cierto?

—Sí, madre.

—A ver, contadme...

Y todo el caudal de aquella larga y contenida desesperación de Camila, todo el frenesí terco y solitario que viniera socavando su corazón desde la infancia, se derramó sobre esté regazo amigo y polvoriento, en medio de las fuentes y rosas de Sor Juana.

30 Pero, ¿dónde están los libros bastantes a contener todos los acontecimientos que no habrían sido lo que fueron de no haberse venido abajo el puente de San Luis Rey? Permítasenos, no obstante, entresacar todavía uno de ellos.

—La condesa de Abuirre desea veros —vino a decir una freila al despacho de la abadesa.

35 —¿La condesa...? No la conozco —declaró Madre María del Pilar, deteniendo la pluma.

—Dice que acaba de llegar de España.

—¡Ah!, quién sabe si de ello resulta alguna buena limosna para nuestro asilo de ciegos. Hacedla pasar en seguida.

40 Una dama, de notable hermosura y porte altivo, entraba a los pocos instantes en el despacho. Sin embargo, Doña Clara, que por regla general disponía de un tal aplomo, sentíase levemente cohibida.

—¿Estáis muy ocupada, reverenda Madre? ¿Podría importunaros unos minutos?

45 —Todo el tiempo que queráis, hija mía. Pero —y dispensad la mala memoria de una anciana—, ¿nos conocíamos ya de antes, o bien es la primera vez...?

—Mi madre fue la marquesa de Montemayor...

Doña Clara sospechaba que la abadesa no debía tener una gran admiración que digamos por su madre, así que no dejó meter baza a la anciana hasta que hubo

pronunciado una larga y apasionada apología de la marquesa. Toda la cortedad del principio se esfumó en la vehemencia con que se acusó a sí propia. Cuando hubo terminado, la abadesa le habló de Pepita y de Esteban, y de la visita de Camila.

5 —Todos, todos hemos faltado, hija mía. Y todos deseamos sinceramente ser castigados, y sufrir toda suerte de expiaciones. Pero, ¿sabéis, hija mía (y apenas si me atrevo a decirlo), sabéis que, en el amor, nuestros mismos errores no parecen capaces de perdurar largo tiempo?

10 La condesa mostró a la abadesa la última carta de Doña María, con no poco asombro de aquella, que no se atrevió a expresar en voz alta la sorpresa que le causaba el que semejantes palabras (palabras que el mundo entero, desde entonces, se repite con deleite) hubiesen podido brotar del corazón de aquella estrafalaria anciana a quien sirviera Pepita. «Aprende, pues, ahora —se ordenó en sus adentros—, aprende al fin que en todas las almas puede brotar la luz de la gracia.» Y se sintió embriagada de felicidad, como una niña, ante esta nueva prueba de que las ideas que
15 inspiraron su vida se hallaban invisiblemente difundidas por todas partes, y el mundo preparado para su manifestación.

—¿Querriáis concederme una merced, hija mía? ¿Querriáis permitirme que os mostrase mi obra?

20 El sol había tramontado ya, pero la abadesa guió a su visitante de galería en galería, con la ayuda de una linterna. Doña Clara vio a los viejos y los jóvenes allí asilados, vio a los enfermos y los ciegos, pero lo que mejor vio de todo fue a la anciana cansada y sonriente que la conducía.

De cuando en cuando, la abadesa se detenía a la mitad de un corredor, para decir *verbi gratia*:

25 —No puedo menos de pensar que se podría hacer algo por los sordomudos. Se me antoja que alguna persona de mucha paciencia podría... podría inventar un lenguaje con el cual pudieran llegar a entenderse. Solamente aquí, en el Perú, hay centenares de ellos. ¿No recordáis si allá, en España, se le ha ocurrido a alguien un medio de ayudarles? En todo caso, no cabe duda que algún día se llegará a ello...

30 O bien:

—¿Sabéis?, por más que dicen, insisto en creer que se puede hacer algo en beneficio de los dementes. Yo soy ya muy vieja, y no puedo ir a ninguno de los sitios en que se habla de estas cuestiones, pero a menudo los observo, y me parece como si... En España, ahora, los tratan con dulzura, ¿no es cierto? Sí, me parece como si
35 hubiera en ellos un secreto, que a nosotros no se nos alcanza, aunque a veces se sienta muy cerca. Si algún día, de vuelta en España, oyeseis algo que pudiera ayudarnos en este sentido, os agradecería infinito me escribieseis... si es que no estáis demasiado ocupada...

40 Por último, después que Doña Clara hubo visitado las cocinas, la abadesa le rogó:

—Espero que ahora tendréis la bondad de excusarme, pero tengo que ir a la sala de los enfermos muy graves y decirles unas cuantas palabras en que puedan meditar durante la noche aquellos que padecen insomnio. No os digo que vengáis conmigo, porque no estando acostumbrada... Por otra parte, yo les hablo lo mismo que se suele
45 hablar a los niños...

La abadesa miró a Doña Clara con su sonrisa pudorosa y melancólica; y, de pronto, desapareció un instante, para volver con una de sus auxiliares, una ex actriz, que también había tenido algo que ver con la catástrofe del puente.

50 —Me deja ahora —explicó la abadesa—, porque tiene que hacer en la ciudad; pero, en cuanto haya hablado a los enfermos que os dije, seré yo la que tenga que

abandonaros a las dos, pues el harinero lleva ya un buen rato esperándome, y nuestra conversación temo que no sea muy breve...

5 Sin embargo, a pesar de las indicaciones de la abadesa, Doña Clara permaneció
junto a la puerta de los enfermos muy graves, mientras aquélla les hablaba. Adosada
a uno de los pilares, ante sí las varias filas de camas, cuyos ocupantes clavaban los
10 ojos en el techo, tratando de contener el aliento, Madre María del Pilar les habló
aquella noche de todos los que se hallan abandonados y solos en medio de las
tinieblas (y la abadesa pensaba en la soledad de Esteban, pensaba en la soledad de
Pepita), sin nadie hacia quien volverse, seres para los cuales el mundo era más que
15 difícil y sin significado alguno. Y aquellos que yacían acostados sintieron que se
encontraban al abrigo de unos muros que la abadesa había levantado para ellos;
dentro, todo era luz y calor; fuera, en cambio, reinaban las tinieblas, por las cuales
ellos no cambiarían ni siquiera una atenuación de sus dolores y su muerte. Pero, aun
hablando, otros pensamientos cruzaban por el fondo del espíritu de Madre María del
Pilar.

20 «Ahora mismo —pensaba—, fuera de mí, no hay casi quien se acuerde de
Esteban y Pepita. Camila sólo recuerda al Tío Pío y a su hijo; esta mujer, a su madre.
Pero pronto moriremos los tres, y todo recuerdo de aquellos cinco habrá abandonado
la tierra, y aun nosotros mismos sólo seremos amados durante unos cuantos años, y
en seguida dados al olvido. No obstante, habrá bastado con ese amor fugaz; que
25 todos estos impulsos del amor vuelven al amor que les dio origen. Ni el recuerdo
siquiera es necesario al amor. Hay un país de los vivos y un país de los muertos, y el
puente entre ambos, la única cosa que subsiste, lo único que cuenta, es el amor.»